

ALVARO GARCÍA DE MOVELLÁN HERNAINZ

# VIDA DE SAN FRANCISCO JAVIER



**PATRONO DE MISIONEROS**

*1ª PARTE. CONVERSIÓN Y MADURACIÓN*

## 1º.- Nace un futuro santo...

Los padres del santo cuya vida vamos a narrar, Juan de Jasu y María de Azpilcueta, eran de linaje muy distinguido. Él fue presidente del Consejo Real de los últimos reyes de Navarra. Vivían en un magnífico castillo, el castillo de Javier. Allí fue donde nació Francisco, el 7 de Abril de 1506 (por este motivo se le empezó a llamar Francisco Javier, o simplemente Javier). Pocos podían imaginar entonces que aquel niño sería, con el tiempo, uno de los santos más admirables de la Iglesia...



Castillo de Javier  
(esta palabra significa  
"casa nueva")

La infancia de Francisco fue tranquila y sosegada. Sus padres habían tenido una mala experiencia con los hermanos mayores (Francisco era el pequeño) que se habían relacionado estrechamente con los asuntos político-sociales del reino de Navarra, incluidas las continuas guerras (muy comunes en dicha época). Aquello había traído muchos males a la familia, especialmente económicos. Por ese

motivo la educación de Javier estuvo alejada del mundo de las armas.

Pronto se convirtió en un joven llamativo, de gran memoria y afición a los libros, bastante religioso, bien desarrollado y simpático. Los que lo conocían decían que tenía todo para triunfar en la vida. Eso mismo debió de pensar él pues a los 19 años se marchó a estudiar a la universidad de París, una de las más famosas e influyentes de Europa. Su gran habilidad para el estudio presagiaba una brillante carrera. Él tenía claro su objetivo: deseaba ser profesor, uno de los profesores más famosos del mundo. Se veía ya rodeado de honor, gloria y fama. Poco podía imaginar que Dios le esperaba entre las aulas...para darle un vuelco total e inesperado a su vida.

## 2º.-Estudiante en París

Había 18 colegios mayores adscritos a la universidad de París. Los dos más conocidos eran el de Monteagudo y el de Santa Bárbara. En este último vivió Francisco.

Conocemos bien las costumbres de dicho colegio. La vestimenta era igual para todos y debía usarse desde el primer día que ingresaban: un largo hábito negro ceñido a la cintura por una correa. El horario de los estudiantes era estricto: se levantaban a las 4 de la mañana para tener a las 5 la primera lección. A las 6 Misa, de 8 a 11 clases y ejercicios de disputas dialécticas. Después la comida, durante la cual se leía la Biblia o las vidas de los santos. De 3 a 7 de la tarde clases y disputas, a las 8 cena, visita a la

capilla y a dormir. Los martes y jueves había competiciones deportivas. Francisco, por su agilidad y su potencia física, sobresalió entre todos como un gran saltador.

La mezcla de estudio y piedad, aparentemente, favorecía la integridad de costumbres y la buena moral de los alumnos. Pero la realidad era muy diferente. De nada sirve un horario ordenado con prácticas religiosas si no hay al mismo tiempo una conversión auténtica del corazón. La gran mayoría de los alumnos vivían las prácticas religiosas como algo externo, impuesto, o una simple costumbre. En cuanto afloraba sus pasiones juveniles se dejaban llevar por ellas. Pronto descubrían los barrios de prostitutas más conocidos de la ciudad. Las escapadas nocturnas eran frecuentes. Incluso había un profesor que solía guiar grupos enteros de estudiantes a estos lugares de perdición. Francisco, joven como los demás, también se dejó llevar del ambiente y escapó algunas noches con dicho profesor y sus compañeros. Pero no quiso intimar con las prostitutas: supo conservarse limpio y casto en esas escapadas. Las enfermedades sexuales contraídas por su inmoral profesor (bien visibles en las “bubas” repugnantes que adornaban su frente y que le llevaron a la muerte en pocos años) junto a un secreto amor a la virginidad y a la pureza, preservaron a Francisco de deslizarse por la fácil pendiente de los placeres carnales (el mismo, años más tarde, obligado por las circunstancias, reconoció haberse mantenido puro y virgen durante toda su juventud). Si lo hubiera hecho habría cerrado el camino que Dios le tenía preparado. ¡Cuántas personas,

especialmente jóvenes, cierran la puerta a Dios en sus vidas por culpa de la impureza!

Un año después, afortunadamente, lo cambiaron de cuarto y de compañeros. Compartió habitación con un joven español muy religioso, Pedro Fabro. Congeniaron muy bien. En 1529, cuatro años después de su llegada a París, ambos amigos recibieron el título de maestros de filosofía. Desde entonces, aparte de seguir estudiando para obtener otros grados académicos, podían impartir clases a los estudiantes recién llegados.

### 3º.-La conversión

Desde 1528 andaba por la universidad de París un hombre, español cuya santidad pronto iba a ser admirada por todo el mundo: se llamaba Ignacio de Loyola. Tenía 37 años y se preparaba humildemente para ser sacerdote. No le importaba el tener que estudiar con jóvenes casi veinte años menores que él. Desde hacía tiempo, sólo le importaba la gloria de Dios y la salvación de las almas. Había tenido una profunda conversión a Dios (después de dedicarse al mundo de las armas) que le había conducido a las alturas de la vida espiritual. El Señor le había iluminado de forma sobrenatural sobre los caminos de la santidad. En 1529 fue confiado al maestro Javier para que le ayudara en los estudios. Éste lo cedió al maestro Pedro Fabro. Los tres empezaron a vivir en la misma habitación. Ignacio no tenía muchos estudios ni muchas letras, pero sus conocimientos de Dios y de la vida

espiritual eran insuperables. Fabro se dio cuenta de ello y pudo solucionar, con su ayuda, unos problemas espirituales que venían atormentándole desde hacía varios años

Ignacio, por su parte, con la mirada especial que tenía para las cosas de Dios, había puesto sus ojos en Francisco. Aquel joven profesor, lleno de ambición por la fama y la gloria del mundo, llevaba una vida cristiana buena pero poco profunda. Como muchos “creyentes” creía, si... pero no vivía plenamente su fe. ¿Por qué no ayudarle a descubrir mejor a Cristo? ¿Por qué no bajar de las nubes a aquel profesor tan lleno de cualidades que sólo pensaba en la vanidad de esta vida? ¿Por qué no abrirle los ojos a realidades más altas, más profundas, más eternas...?

Empezaron a tratar con más confianza. Y cuando Francisco narraba sus futuros proyectos y deseos de ser un gran profesor, Ignacio, dejaba escapar aquella famosa sentencia de Cristo:

-Maestro Francisco, *¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma? (Mt 16, 26).*

Por toda respuesta Francisco soltaba una carcajada, o una sencilla burla, muy fina... Pero Ignacio, continuamente, volvía al mismo tema. Así estuvieron días, meses e incluso años. Ignacio dirá más tarde que nunca había conocido a nadie que se le resistiera tanto como Javier. Pero la obra de la gracia iba, poco a poco, secretamente, haciendo mella en el navarro.

El trato amable de Ignacio, su profunda vida espiritual, aquella frase del Evangelio... Francisco empezó a no ver con

tanta claridad su futuro. ¿De qué le servía tener toda la gloria y fama del mundo si perdía su alma y se condenaba en el Infierno? ¿Qué más valioso que el alma? ¿Qué cosa mejor que la vida eterna? ¿Qué mayor gloria que servir a Dios? Percibía la profunda verdad que encerraban todos estos planteamientos. Y también percibía la paz y la felicidad que se escondía detrás de una vida cristiana plena. Su idea de ser un famoso profesor empezó a parecerle absurda y ridícula. Sentía deseos de realizar grandes cosas en esta vida... ¿por qué no hacerlas por Dios?

Finalmente en 1533, cinco años después de haber tomado contacto con Ignacio, Francisco se rindió plenamente a Cristo. Su vida dio un giro total. Fue como una conversión. El que antes sólo pensaba en los títulos del mundo, temporales y aparentes, ahora se fijaba en los títulos del Cielo, eternos y verdaderos. El que antes llevaba una fe de mínimos decidió entregarse del todo a Dios, buscando la santidad.



Como primer paso hizo lo que se llama una “Confesión general”. Es decir: una confesión de toda su vida. La hizo con mucho arrepentimiento y amor a Dios. Estaba tan cambiado que quiso abandonar las clases de filosofía, que tantos pensamientos de vanidad le habían traído. Pero Ignacio le desaconsejó de hacerlo. Simplemente le indicó que intensificara su vida espiritual. Desde ese momento Francisco hizo más oración. También hacía examen de sus faltas todos los días (para conocer sus defectos y combatirlos). Asimismo, por consejo de Ignacio, empezó a confesarse y a comulgar todas las semanas.

No todos estaban contentos con la nueva vida de Javier. Uno de sus criados, Miguel de Landívar, vio en todo ese cambio el fin de sus ganancias. Su amo ya no pensaba en la gloria y en el dinero como antes. Estaba claro quién era el culpable de todo: Ignacio. Por eso, un día, llevado por un ciego impulso de ira, decidió matarlo. Espada en mano subió a la habitación donde estaba Ignacio, que permanecía ajeno al peligro mortal que corría. Pero justo antes de entrar una misteriosa voz amenazadora, venida de no se sabe dónde, le detuvo:

*-Infeliz de ti, ¿qué quieres hacer?*

Aterrorizado, corrió inmediatamente a los pies del santo y entre lágrimas le contó todo lo que había pasado. Era evidente que Dios estaba con esos hombres.

## 4º.-Los votos de Montmartre

En torno a Ignacio se habían ido juntando unos cuantos hombres, como Pedro Fabro y Francisco, que deseaban entregarse a Dios totalmente. Surgió la idea de confirmar dicha entrega haciendo los votos que comúnmente hacían los religiosos: pobreza (renunciando a la riqueza y a las ganancias), castidad (renunciando a la vida matrimonial) y obediencia (poniéndose en manos de la Iglesia para que les guiara y les condujera). Cuando se vio que era el momento adecuado decidieron hacer esta consagración a Dios de una manera formal.

El 15 de Agosto de 1534 subieron a una capillita situada en la colina de Montmartre. Celebraron la Santa Misa (Pedro Fabro ya era sacerdote) y se consagraron a Dios con los votos. Antes de la comunión, uno por uno, fueron pronunciando los votos ante el Santísimo Sacramento que sostenía el sacerdote. Javier estaba entre ellos. Aquel día nació la “Compañía de Jesús” (que se convertiría en una de las órdenes religiosas más importantes de la Iglesia).

Un mes después, en Septiembre, Francisco hizo la experiencia de los “Ejercicios espirituales”. Dios se la había inspirado a Ignacio de Loyola. Se trataba de una serie de meditaciones y oraciones para que la persona pudiera tener una entrega mayor a Dios. Ignacio los daba de diversas maneras: una forma llamada “abierta” (en la cual las personas que los recibían seguían en sus casas y sus diversos menesteres) y otra forma llamada “cerrada” (en la

cual la persona se retiraba unos días a una casa preparada para este fin, con la idea de estar totalmente centrado en los Ejercicios). Ignacio se los dio a Francisco bajo esta modalidad: Javier se retiró a una casa solitaria y los empezó con mucho fervor. Ignacio iba visitarlo diariamente para darle las meditaciones que tenía que rezar y la manera de hacerlos provechosamente. Los Ejercicios duraron treinta días.



Aquello terminó de transformar a Javier. Primeramente le hizo aborrecer totalmente toda gloria y fama mundana, que tanto había buscado. ¡Cómo lloró al contemplar a su Rey y Señor naciendo en un pobre pesebre, muriendo humildemente en una cruz abandonado por todos mientras él sólo pensaba en aplausos y reconocimientos! Muy arrepentido de ello, y recordando lo mucho que se había envanecido por su gran habilidad como saltador, decidió, como penitencia, atarse las manos y los pies con cuerdas muy finas, haciendo las oraciones atado, para corrección de su soberbia. Apretó tanto que la cuerda penetró en la piel y no fue nada fácil quitársela. Incluso se temió que habría que amputarle el brazo. Pero, milagrosamente, pocos días después apareció completamente curado. Además de esto pasó cuatro días enteros sin comer ni beber, como remedio de sus pecados.

En segundo lugar, y más importante aún, aprendió a profundizar el inmenso amor de Dios a los hombres. ¡Cómo se enternecía su corazón al considerar a Dios haciéndose hombre (Jesucristo), viniendo para salvarnos y morir por nosotros! ¡Cómo se emocionó pensando en la Madre de Jesús, la Madre de Dios, tan llena de santidad y dulzura, que el mismo Señor nos había dado como Madre espiritual! ¡Qué oraciones tan llenas de dulzura y caridad dirigió en esos días a Jesús y a la Virgen! Javier salió de esta experiencia totalmente enamorado de Cristo, con el corazón encendido en el amor a Dios y al prójimo, reflejando una felicidad tan grande que todos cuantos trataban con él la percibían de

alguna manera. Desde entonces, según sus propios compañeros, se distinguió por una constante preocupación por la salvación de las almas...

### 5º.- *“Soñaba que llevaba auestas un indio...”*

En 1536 todos los que formaban la “Compañía de Jesús” terminaron sus estudios para poder ser sacerdotes. Entonces decidieron dirigirse a pie, en peregrinación, mendigando, a Venecia, donde les esperaba Ignacio. Fueron en dos grupos. El viaje fue largo y muy duro, pues les pilló en pleno invierno. Uno de los compañeros que iba con Javier, Diego Laínez, contó después que a veces Francisco, que dormía a su lado, al despertar, le decía:

-Jesús, qué molido estoy. ¿Sabéis que soñaba? Que llevaba auestas un indio, y que pesaba tanto que no lo podía llevar.



En 1537 llegaron a su destino. Ignacio los distribuyó por los hospitales, para que se ocuparan en tareas de caridad. A Francisco le tocó en suerte el Hospital de los Incurables. Estaban allí hombres y mujeres afectados por enfermedades de transmisión sexual (sífilis, gonorrea...). Javier, al ver aquellas caras deformadas, las úlceras, las llagas, los olores espantosos, la pus... sintió la repugnancia que de joven había sentido a la vista de su vicioso profesor. Pero ahora era otro hombre, enamorado de la cruz de Cristo. Por eso, venciendo a sí mismo, venciendo su asco y miedo al contagio, un día que rascaba la espalda de un enfermo lleno de pústulas, besó y lamió las llagas. Recordaba las palabras del que era ya su único Maestro: *Os aseguro que cuando lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis (Mt 25, 40).*

En Marzo de 1537 fueron todos a Roma, a ponerse a los pies del Papa, el Vicario de Cristo en la tierra. Le pidieron permiso para ir en peregrinación a Tierra Santa y para ser ordenados sacerdotes. Ambas cosas fueron concedidas por el Papa. La peregrinación no pudo llevarse a cabo por circunstancias inesperadas, así que se dedicaron a tareas apostólicas. El 24 de Junio de 1537 se ordenaron sacerdotes en Venecia.

Francisco fue enviado a Bolonia. Largas filas comenzaron a formarse en su confesionario: su fama de santidad, de hombre totalmente entregado a Dios que buscaba únicamente el bien de las almas, atraía a las personas. Gracias a su sabia dirección, muchos cambiaron su vida o

empezaron a vivir una fe más auténtica. Empezó a dar los Ejercicios espirituales a muchas personas con gran provecho. Un viernes, celebrando la Santa Misa, entró repentinamente en éxtasis (una alta oración mística) y permaneció en él más de una hora. Por más que el que le ayudaba le tiraba de las vestiduras, Javier no advertía nada: estaba totalmente absorto en Dios. Las personas que habían asistido a la celebración salieron corriendo a contarle por toda la ciudad.

### 6º.-“*Javier ya no servirá para nada*”

El trabajo excesivo de Francisco en Bolonia le pasó factura. Enfermó y tuvo que regresar a Roma, donde estaba Ignacio organizando la Compañía. Un compañero que lo vio llegar escribió: “Tuvo unas fiebres tan bravas y crueles, con tanto frío y pobreza y estaba tan esquelético, amarillo y desfigurado que parecía un cadáver, de manera que, al verlo en Roma tan disforme y consumido, creí que ya no serviría para nada”.

Y eso parecía. Mientras todos sus compañeros se entregaban a intensos trabajos por el bien de la Iglesia y de las almas, Javier permanecía allí, junto a Ignacio, inactivo, eclipsado, justo cuando la Compañía empezaba a dar sus mejores frutos. Él, que tenía tantos estudios y que estaba tan consumido por el deseo de salvar almas, tenía que permanecer en la sombra. Su profunda humildad le hizo asumir la situación con tranquilidad, sin desesperarse. Donde otro se hubiera sentido desaprovechado, e incluso

herido en su amor propio, él encontró paz: sólo quería cumplir la voluntad de Dios, fuera donde fuera. Si Dios lo quería inactivo, e incluso si ya no iba a poder dedicarse a ninguna empresa apostólica, lo aceptaba. Toda su vida era agradar a Dios. Si deseaba salvar almas era por Dios. Pero si Dios se lo quitaba, él estaba contento, aunque estuviera en un puesto bajo, oculto, sin brillo, sin apostolado... Pero con el que nadie contaba Dios sí iba a contar.

Entonces sucedió: pidieron al Papa misioneros para evangelizar las Indias. Quiso que fueran dos de la Compañía: debían ir a Portugal y desde allí partir a las Indias. No se pensó en Javier, por supuesto. Pero resultó que justo antes de ir a Portugal uno de los elegidos enfermó gravemente. Ignacio resolvió el problema. Llamó a Javier y le dijo:

-Maestro Francisco, ya sabéis como por orden de Su Santidad han de ir dos de nosotros a la India... habíamos elegido por uno a maestro Bobadilla, el cual, por su enfermedad, no puede ir... ésta es vuestra empresa.

Francisco no dudó ni un momento. Se acababa su vida inactiva de cerca de dos años. Preparó unos calzones viejos, su sotana y unos libros: ese era todo su equipaje. Fue al Vaticano y, como hijo fiel de la Iglesia Católica, pidió la bendición del Papa Paulo III. Recomendó a las personas en Roma que le habían tomado por consejero espiritual que frecuentasen los sacramentos. Hecho todo esto se dispuso a partir para Portugal. La despedida con Ignacio, su fiel amigo

(a quien siempre llamará “Padre de su alma”), fue conmovedora. Ignacio, dándose cuenta de que Javier llevaba, debajo de la sotana, una única camisa, le dijo:

-¿Así Francisco, así?

Y ordenó que le dieran la ropa necesaria. Fueron las últimas palabras que se dijeron de forma presencial. Todo su contacto posterior sería a través de cartas. Nunca más volverían a verse en la tierra.



Francisco Javier, fiel hijo de la Iglesia Católica, pide la bendición al Papa

El viaje a caballo hasta Portugal estuvo lleno de anécdotas. Uno de sus acompañantes, un español llamado Felipe Aguilar, desengañado después de haber vivido una juventud entregada al placer, descubrió lo maravilloso que puede ser compartir el camino con un santo. Francisco se entretuvo con él durante gran parte del trayecto, hablando con gran cordialidad y humor de cosas indiferentes. En un momento determinado lo invitó a hacer una confesión general. El hombre se confesó. Después mostraba una gran felicidad mientras reconocía que hasta entonces nunca había llegado a entender lo que significaba ser cristiano.

Pasaron por Bolonia, que les recibió con gran alegría. Tuvieron que detenerse algún tiempo pues todos allí querían confesar con Javier.

Al fin, después de un largo viaje, llegaron a Portugal.

## 7º.-Dificultades a la misión

Francisco fue recibido con muchos honores. Él, debido a su profunda humildad, no gustaba de ellos. Estaba en Lisboa, esperándole, el otro destinado a las Indias con él: el padre Simón Rodríguez. El rey de Portugal les acomodó una casa cerca de palacio y quiso llenarlos de toda clase de comodidades mientras se preparaba el viaje a la India (sirvientes, comidas preparadas a su gusto...). Ellos rehusaron todas esas finezas y prefirieron mendigar de casa en casa para poder alimentarse.

Pronto llamó la atención la manera de comportarse de aquellos dos sacerdotes, especialmente del padre Javier. Su estilo era sencillo, pobre, austero; tenían gran caridad con todos y su única ambición era la gloria de Dios y la salvación de las almas. El rey empezó tener gran aprecio hacia ellos: les dio gran libertad para confesar y dar los ejercicios espirituales a las personas de la corte. En poco tiempo eran tan numerosas las confesiones, y tantas las personas que recibieron los ejercicios, que la corte parecía otra. El rey, encantado, puesto de acuerdo con el obispo, los mandó que predicasen en la Iglesia los domingos. Aquello no hizo sino aumentar las confesiones. El propio Javier escribía a San Ignacio en una carta: “El fruto que acá se hace excede nuestro poder, saber y entender; las confesiones son tantas que nos falta tiempo para cumplir con todos”.

Asimismo se ocuparon de asistir a los encarcelados y presos, logrando la reconciliación con Dios de muchos de ellos. Javier todavía encontraba tiempo para bajar al pueblo a enseñar el catecismo a los niños.

Pero toda aquella actividad tenía un doble peligro. Primero: la soberbia. La gente los veneraba como santos y esto entristecía profundamente al humilde Javier. Segundo: el rey ya no era tan partidario de que aquellos sacerdotes fueran a la India. Estaban haciendo mucho bien allí, ¿por qué llevarlos a otro sitio? El propio Francisco escribió a Ignacio: “Procuran acá muchas personas impedir nuestra partida para las Indias, pareciéndoles que acá haremos más fruto... el Rey no está del todo determinado para enviarnos”.

Una nueva dificultad vino a añadirse a las demás. Era tan grande el fruto que hacían que se vio conveniente fundar un colegio en Coimbra, pues no eran pocos los hombres que después de tratar con ellos querían entrar en la Compañía. Otra vez apareció en el horizonte la tentación de ser un gran profesor, un afamado maestro. Pero Javier no se dejó deslumbrar. Su misión era ir a la India, y no la cambiaría por nada. Fue Simón Rodríguez el que quedó en Portugal para organizar el colegio. Él se iba. Era Abril de 1541.

Mucho le insistieron para que aceptara un trato especial durante el largo viaje en barco. Javier no quiso admitir ningún privilegio. Y cuando el conde de Castañeira, encargado de proveerle, le dijo que al menos admitiera un criado que le lavase la ropa y le cocinara, pues lo contrario iba en perjuicio de su autoridad sacerdotal, Francisco contestó:

-El adquirir crédito y autoridad por ese medio que usted dice ha traído a la Iglesia de Dios al estado en que ahora está... el medio por donde se ha de adquirir es lavando de rodillas y guisando la olla, sin tener necesidad de nadie, y con todo eso procurando emplearse en el servicio de las almas de los prójimos.

El conde se quedó de piedra: ¡un sacerdote humilde y pobre, que pensaba de verdad y de corazón que la mejor manera que tiene un sacerdote para mostrar autoridad ante los demás es a través del servicio, buscando desinteresadamente la gloria divina y el bien de las almas!

En aquella época los viajes en barco no eran cortos. Zarparon el 7 de Abril de 1541. Llegaron a la India en mayo de 1542. Fue, pues, un viaje muy largo (más de un año) lleno de peligros y dificultades.

Durante el trayecto Javier siguió mostrando lo que era: no paraba de confesar a los marineros, de predicar frecuentemente en cubierta, de tener un sermón todos los Domingos.



Labor evangelizadora de San Francisco Javier  
durante el viaje en barco

Pronto hizo su aparición la enfermedad en el barco: hasta los más fuertes cayeron. Los alimentos se pudrieron y se llenaron de gusanos. Las personas yacían en cubierta, llenas de heridas que manaban pus y sangre, entre un ambiente irrespirable. Javier se convirtió en el médico de todos. Con una caridad insaciable los cuidaba, lavaba, les cortaba las uñas, les limpiaba las heces... En su propio camarote recogió a los más graves, a los que cuidaba con amor especial. Y esto a pesar de que él mismo enfermó más de una vez. Un día fue a verle uno de los tripulantes: encontró que Javier, estando enfermo, había dormido en el suelo, con tal de cederle su cama a un hombre enfermo más grave. Ese hombre se confesó y comulgó. Murió aquella misma tarde.

Así pasó todo el viaje: entre confesiones, predicaciones y el cuidado a los enfermos. Y todo en medio de una grandísima alegría, que era lo que más admiraban las personas que pudieron tratarlo de cerca y conocían su agotadora actividad.

Una de las veces enfermó con más gravedad: incluso estuvo tres días en delirio. El doctor, que no le quitaba ojo, se dio cuenta de algo que le impresionó: cuando se le hablaba de temas referentes a Dios y al alma discurría perfectamente, como si no tuviera nada. Los demás temas le hacían delirar, como era lógico en una persona atacada por fiebres altas. Aquel hombre realmente vivía sólo para Dios.

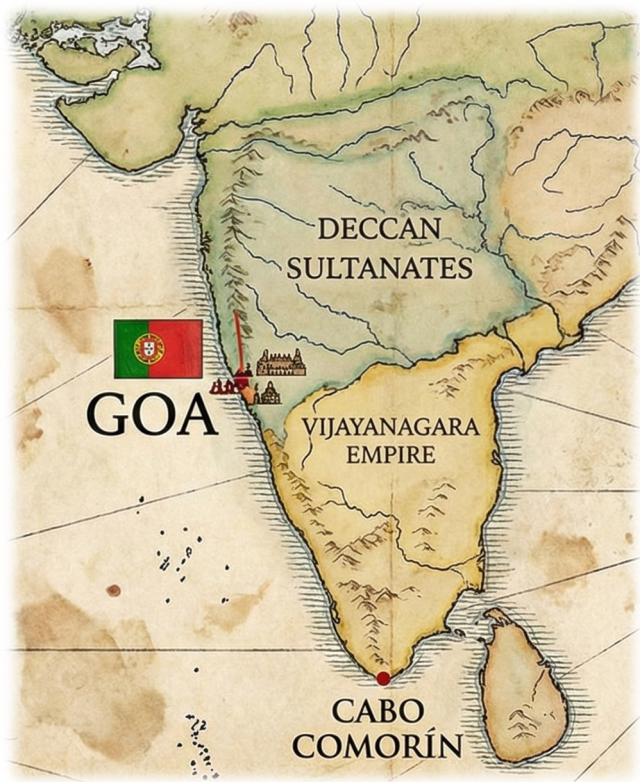
## 8º.-La llegada

¡Por fin el 4 de Mayo de 1542 el barco llegó a Goa! ¡Estaban en la India! En concreto en una zona situada en la costa centro-oeste del país. Ante Francisco se abrió un panorama inmenso, atrayente, de evangelización y apostolado.

La mayoría de las tierras de allí, ocupadas por los portugueses, eran cristianas: cristianos de Santo Tomás (uno de los doce apóstoles de Jesús que, según la tradición, había evangelizado en la India) o cristianos hechos por la evangelización que algunos sacerdotes venidos de Portugal habían ya iniciado. Pero todos, unos y otros, desconocían prácticamente el cristianismo: la fe, los sacramentos, los mandamientos... Se limitaban a vivir un cristianismo muy básico. Además había muchos territorios donde nunca se había hablado de Cristo. Predicarlo allí era aventurarse a que pasase cualquier cosa: incluida la muerte. Todo esto no asustaba a Javier. Él venía con toda su confianza puesta en Dios, no en los hombres. Y sabía que el fruto sería grande, inmenso.

Durante diez años (desde 1542 hasta 1552) aquellas tierras lo verán moverse de un lado a otro, con la cruz en la mano, predicando incansablemente la salvación de Cristo. Algunos poblados (como Goa y la costa Comorín) tuvieron la suerte de tenerle una gran temporada. Otros lugares sólo disfrutaron de su presencia pocos meses. En los meses de verano de 1545 (de Mayo a Agosto) cesará su actividad

apostólica y se retirará a Santo Tomé (donde estaba la tumba del apóstol Santo Tomás) para orar y pedirle a Dios luz sobre si debía permanecer en las zonas evangelizadas o adentrarse en las que todavía no conocían el Evangelio. La decisión fue adentrarse en las que aún no había sido evangelizadas.



Y así, entre peligros de todo tipo, recorrió grandísimos territorios extendiendo el Reino de Dios. Unas veces con mucho éxito, otras no tanto. Unas veces con grandes conquistas, otras con decepciones, incluso entre sus mismos acompañantes europeos. Unas veces con la ayuda de los gobernadores portugueses de aquellas zonas, otras perseguido e inutilizado por culpa de la ambición de aquellos mismos gobernadores (más deseosos de su propia riqueza que de la salvación de las almas). En Abril de 1549 llegó a Japón donde fue muy perseguido. Sus diez años de misionero fueron de una intensidad increíble. A él no le importaba nada: ya le aplaudiesen o le abucheasen, ya tuviera facilidades o dificultades... una única cosa le movía: el amor a Dios y la salvación de las almas.

*Continúa en la segunda parte: En las misiones*